

Un autor y 18 voces o de la relación entre autor y traductor

Belén Santana
Universidad de Salamanca

Uno de los *leitmotiv* de este encuentro están siendo las buenas prácticas profesionales, las cuales ya han sido tratadas aplicándolas a diversos binomios, me refiero a la buena relación entre traductor literario y no literario, o a la más peliaguda relación entre traductor literario y editor. Es el turno ahora de abordar las buenas prácticas profesionales entre una nueva pareja, la formada por autor y traductor. Mi objetivo por tanto es tratar la relación entre autor y traductor desde una perspectiva descriptiva, basándome en una experiencia práctica: el encuentro de 18 traductores con la autora alemana Julia Franck, celebrado del 30 de junio al 4 de julio de 2008 en el Colegio Europeo de Traductores en Straelen, con motivo de la traducción de la novela *Die Mittagsfrau*.

Antes de entrar en materia empírica me gustaría realizar unas breves consideraciones preliminares de corte teórico sobre cuáles deberían ser las características de la relación ideal entre autor y traductor. En primer lugar cabe empezar negando la mayor y preguntándose si tal relación debería o no existir. Es evidente que esto resulta superfluo en el caso de autores ya fallecidos, pero me consta que hay otros casos de escritores vivos, cuyo nombre no citaré, con quienes, a tenor de lo que cuentan sus traductores, es mejor no tratar. No obstante, y aun a falta de datos contrastables, creo estar en lo cierto al afirmar que, por regla general, la relación entre un autor y sus traductores suele ser deseable y razonablemente buena. Por tanto, la respuesta a la pregunta de si debe haber relación entre autor y traductor no puede más que ser afirmativa. En segundo lugar, considero que ha de ser una relación basada en la disponibilidad y en la confianza. La primera es fácil de alcanzar en una época marcada por aldeas globales y lazos cibernéticos; la segunda es más laboriosa y, en mi opinión, ha de fundamentarse en aquello que une a autor y traductor sobre todas las cosas: querer lo mejor para el libro. Otra de las características de la relación ideal entre autor y traductor, y aquí subrayo la palabra *ideal*, es la admiración y el respeto mutuos. Es obvio que no siempre traducimos a autores a los que admiramos, pero suele suceder que el placer de traducir es tanto mayor cuanto mayor reconocimiento profesamos al autor del original. Del mismo modo es importante el respeto, tanto por parte del traductor hacia las decisiones del autor, quizá más evidente, como a la inversa. Si bien algunos

autores se reservan por contrato el derecho a dar su visto bueno a la traducción antes de publicarla, incluso en los idiomas más exóticos, en el mejor de los mundos posibles es de esperar que un autor sepa no extralimitarse y ceder el testigo de su obra al traductor cuando sea necesario. Me parece pertinente insistir en que las características mencionadas: la disponibilidad, la confianza, la admiración y el respeto deben, en el mejor de los casos, ser bidireccionales. Sin duda lo más frecuente es que el traductor interroge al autor sobre un determinado matiz o una referencia cultural, pero también puede ocurrir que el autor recurra al traductor para interesarse por el contenido de una reseña o para que actúe de mediador con la editorial. Es importante que ambas partes dialoguen de igual a igual como lo que ambos son, autores del original y de la traducción.

En lo que respecta a las formas de contacto entre autor y traductor, cabe distinguir entre el contacto telemático y el presencial. El primero es el más frecuente por razones de rapidez, comodidad y eficacia; sin embargo, hoy me centraré en la forma de contacto presencial y multilingüe por ser la menos conocida y porque cada vez son más las iniciativas que surgen por parte de instituciones culturales para promover este tipo de encuentros. Comenzaré haciendo un repaso de los antecedentes que en su día marcaron un hito en las relaciones de este tipo entre un autor y sus traductores.

Si hay un autor conocido por fomentar las buenas prácticas entre él y sus traductores ése es Günter Grass, quien en 1978 tomó la iniciativa de organizar un encuentro con ocho de sus traductores con motivo de la publicación de *El rodaballo*.¹ Dicho encuentro tuvo lugar en la residencia de la Asociación de Libreros Alemanes, próxima a la ciudad de Frankfurt, y duró una semana. Merece la pena insistir en la singularidad de este hecho, ya que fue la primera vez que un autor pidió, o más bien exigió, a su editorial que reuniera a sus traductores *antes* de la publicación del libro en los distintos idiomas. Según la directora del departamento de prensa, derechos y licencias de la editorial Luchterhand entonces, Hannelore Kirchem, las razones

¹ Éste y los sucesivos encuentros celebrados a raíz de la publicación de las diversas obras de Grass dieron lugar a la publicación, en 2002, del volumen *Der Butt spricht viele Sprachen. Grass Übersetzer erzählen*, editado por Helmut Frielinghaus en Steidl con motivo del 75º cumpleaños del Nobel de Literatura, en el que los traductores rememoran dichos encuentros y reflexionan sobre su relación con Grass. Por otra parte, en la tesina titulada *El papel del autor: Análisis de la relación directa autor-traductor sobre el ejemplo de Günter Grass* y defendido en 2009, Claudia Toda hace una descripción muy exhaustiva de las reuniones del Grass con sus traductores, seguida de un acertado planteamiento crítico de cómo este contacto directo repercute en la labor de estos.

subyacentes a esta demanda fueron las quejas más o menos directas que había recibido la editorial sobre las traducciones publicadas hasta el momento (2002:27). En lo que respecta a la financiación, fueron las editoriales de los distintos países las que asumieron, si bien a regañadientes, los gastos de desplazamiento de los traductores. El alojamiento corrió a cargo de la editorial Luchterhand, donde Grass publicaba por entonces. Asimismo es de recibo señalar que algunos traductores tuvieron que financiarse el viaje personalmente. Además del autor y sus traductores participaron en el encuentro un moderador –el lector de Grass– y varios periodistas de forma permanente o intermitente. La mecánica de trabajo fue bien sencilla: autor, traductores y moderador fueron desgranando el libro página a página, comentando los posibles escollos y aquellos aspectos que para el autor revestían especial importancia. Además, a los participantes se les hizo entrega de material de documentación relacionado con la novela. Todos los traductores destacan la generosidad, paciencia y tranquilidad de Günter Grass a la hora de responder a sus dudas, así como el hecho de que el Nobel los alentara a ser audaces y explotar al máximo las posibilidades creativas de los respectivos idiomas, forzándolas llegado el caso. El encuentro tuvo como colofón un acontecimiento gastronómico: Günter Grass preparó sopa de pescado para todos los asistentes. En el plano profesional, la cita culminó con un manifiesto firmado por los traductores y enviado a la prensa que llamaba a emular este tipo de encuentro. Tal y como han reconocido sus protagonistas, el manifiesto apenas tuvo repercusión. No obstante, desde entonces estas citas tienen lugar regularmente con la publicación de cada nuevo libro de Grass, variando el lugar y la duración. Mención especial merece el encuentro celebrado en Gdansk en 2005 con motivo de la retraducción de *El tambor de hojalata*.² Günter Grass entretanto habla de sus traductores como de su “familia ampliada”.

Ahora bien, la cuestión que surge inevitablemente es por qué no ha habido réplicas de encuentros como éste con otros autores. El propio Miguel Sáenz (2006:16) cita algunos intentos por parte de autores como Michael Ende o Don DeLillo, al tiempo que aduce razones económicas para justificar la ausencia de iniciativas semejantes. Por otra parte, son pocos los autores cuyos derechos de traducción, como en el caso de Grass, se venden incluso antes de que su obra haya aparecido en la lengua original, lo

² Miguel Sáenz reproduce las anécdotas de este encuentro en (2006): “G.G. en G. (Günter Grass en Gdansk)”. En: *Pliegos de Yuste*, nº 4, 1, 2006. 15-20. On-line en: <http://www.pliegosdeyuste.eu/n4pliegos/guntergras.pdf> [Última consulta 20.03.09]

cual deja mucho margen para la colaboración entre autor y traductor. Sin embargo, puedo decir que a día de hoy algo ha cambiado, al menos en el panorama germanohablante, y eso es precisamente de lo que quiero hablarles hoy: de las llamadas *Conversaciones en el atrio* que vienen celebrándose desde 2007 en el Colegio Europeo de Traductores en Straelen.

La organización de estos encuentros corre a cargo de dos instituciones: el propio Colegio Europeo de Traductores y la Kunststiftung Nordrhein-Westfalen, una fundación creada en 1989 y financiada por el *land* Renania del Norte-Westfalia, que tiene como objetivo promocionar el arte y la cultura en todas sus manifestaciones a través de becas, premios, financiación de proyectos y jóvenes artistas, etc. El Colegio Europeo de Traductores está inspirado en la Escuela de Traductores de Toledo y se considera la primera casa del traductor del mundo. Fue fundado en 1978 por iniciativa de Elmar Tophoven, traductor de Beckett nacido en Straelen, y Klaus Birkenhauer, por entonces presidente de la asociación alemana de traductores literarios. Se trata de una asociación sin ánimo de lucro y financiada en su totalidad por el *land* renano que cuenta con una biblioteca con 110.00 volúmenes (25.000 diccionarios en más de 275 idiomas y dialectos, incluidos formatos digitales) y 40 ordenadores con acceso a Internet. Asimismo, el Colegio Europeo dispone de 30 apartamentos distribuidos en 2.500 m² con cocinas equipadas, todo listo para acoger a traductores de cualquier combinación lingüística. Straelen como tal es una agradable ciudad renana de cerca de 16.000 habitantes y próxima a la frontera con Holanda, que ofrece las condiciones ideales para volcarse en un proyecto de traducción. La filosofía del Colegio persigue además fomentar el encuentro entre autores alemanes y sus traductores con una triple finalidad: apoyar el trabajo de los traductores para evitar errores y malentendidos, promover la recepción de la literatura alemana en el extranjero y contribuir en general a mejorar la calidad de la literatura traducida.

En este contexto, *Conversaciones en el atrio* es el nombre de un programa internacional puesto en marcha por la Kunststiftung y el Colegio de Traductores en diciembre de 2007. Consiste en unos coloquios que tienen lugar dos veces al año con el objetivo de poner en contacto a autores de lengua alemana con sus traductores para trabajar en la traducción de una obra en concreto. Hasta el momento se han celebrado tres ediciones con sus correspondientes autores (Feridun Zaimoglu, Julia Franck e Ingo Schulze), y ya está programada una cuarta edición (con Uwe Tellkamp). Hoy me centraré en el encuentro que tuvo lugar en junio de 2008 con la autora Julia Franck. La

cita fue iniciativa del propio Colegio de Traductores y de la editorial Fischer y estuvo financiada por la Kunststiftung Nordrhein-Westfalen. En ella participaron, además de la autora, el crítico literario Denis Scheck, que ejerció de moderador, así como 18 traductores a las siguientes lenguas: albanés, búlgaro, catalán, croata, danés, español, estonio, finés, francés, georgiano, hebreo, holandés, húngaro, inglés, italiano, lituano, portugués de Brasil y rumano. Las traductoras noruega y sueca excusaron su asistencia, y los asiáticos, curiosamente, ni siquiera respondieron a la invitación. Asimismo se contó con la presencia de varios periodistas de radio y prensa escrita, sobre todo de medios locales.

Antes de relatar brevemente cuál fue el contenido y el desarrollo del encuentro, es necesario facilitar algunos datos sobre la autora y su obra. Julia Franck nació en Berlín Este en 1970. En 1978 huyó con su familia a la zona occidental, hecho que inspira una de sus novelas (*Zona de tránsito*). Más adelante cursó Estudios americanos y Literatura comparada en la Universidad libre de Berlín. Residió en Estados Unidos y Centroamérica y en la actualidad vive en la capital alemana. Julia Franck es autora de varias novelas y libros de relatos y ha recibido diversos premios, como el premio 3sat del concurso Ingeborg Bachmann. En 2007 Franck recibió el Deutscher Buchpreis por su novela *Die Mittagsfrau* (*La mujer del mediodía*). Se trata del galardón otorgado por la Asociación de editores y libreros alemanes a la mejor novela en alemán del año. Éste es un premio de reciente creación y generosa dotación económica, cuyo jurado cambia anualmente y cuyo fallo se da a conocer al inicio de la Feria de Frankfurt. En lo que respecta a la novela en sí, reproduciré brevemente una sinopsis de su contenido:

Acabada la segunda guerra mundial, cuando por fin cabe pensar en un futuro mejor, Helene abandona a su hijo de siete años en el andén de una estación de tren. Para entender las circunstancias que han podido llevarla a cometer algo así, es necesario retrotraerse a la infancia de Helene, cuando vivía con su hermana Martha y sus padres en Bautzen; al penoso retorno del padre de la primera guerra mundial; a la locura que va adueñándose de su madre, que es judía; a la liberación que sienten cuando, fallecido el padre, las dos hermanas se trasladan a casa de su adinerada tía Fanny, que vive en Berlín, y a cómo ésta las introduce en la bohemia de los dorados años veinte. Pero en Berlín la vida no resulta fácil, y mientras Martha se ve inmersa en una espiral de excesos de la que no puede salir, Helene vive una dramática historia de amor, con la creciente amenaza nacionalsocialista de fondo.

La obra comienza con un prólogo situado al final de la Segunda Guerra Mundial, en el que la autora mezcla distintos planos narrativos y que sirve de introducción a las tres grandes partes en las que está dividido el libro. En la primera se produce un *flash back* que lleva al inicio de la Gran Guerra y la acción se traslada a Bautzen, donde transcurre la infancia y adolescencia de la protagonista. La segunda parte sigue un

desarrollo cronológico y nos transporta al Berlín de los años veinte, donde Helene entra en la vida adulta y vive su gran historia de amor, mientras que el último tramo de la narración tiene lugar en Stettin (hoy Szczecin), donde la protagonista vive un matrimonio forzado por las circunstancias y da a luz al niño del que se habla en el prólogo. Franck pone fin a la novela con un epílogo en el que se nos presenta a ese niño convertido en un joven que se reencuentra con su madre. Tal y como se desprende de esta estructura, la novela abarca varios periodos históricos, pero según su autora no ha de considerarse una novela histórica, ya que si bien la acción se desarrolla en otra época, la perspectiva narrativa es actual. En cuanto al lenguaje utilizado, se puede afirmar que el estilo de Franck es muy concentrado y preciso, casi lacónico, de modo que tan importante es lo que se dice como lo que se silencia. Traducir esta novela tuvo el aliciente no sólo de poder sumergirse en diferentes épocas históricas, sino también de tener entre manos un auténtico fenómeno editorial en Alemania, con más de 400.000 ejemplares vendidos y una película en preparación.

El encuentro de la autora con sus traductores se desarrolló en torno a una gran mesa de trabajo que acogía a 20 personas. Cabe preguntarse si éste no es un número demasiado elevado como para garantizar una comunicación general fluida que no se vea entorpecida por conversaciones en pequeños grupos, hasta cierto punto inevitables. Es aquí donde entra en juego la figura del moderador, cuya función consiste en impedir digresiones innecesarias y procurar que se avance en el tratamiento de las diversas cuestiones. Además del moderador, estuvo presente Renate Birkenhauer, del Colegio de Traductores, quien se encargó de levantar acta de todo lo que se dijo, acta que se envió a los traductores por correo electrónico a los pocos días de finalizar el encuentro. Este material resultó especialmente útil, ya que permitió a los traductores no obsesionarse con anotar todo lo que se decía y volver sobre ciertos aspectos. En cuanto a la documentación, cabe señalar como un ejemplo más de buenas prácticas profesionales que, con anterioridad a la reunión, la editorial alemana había hecho llegar a los traductores una lista de las correcciones introducidas hasta la undécima edición, así como una lista de las citas literarias presentes en la obra. Una vez en Straelen, nos facilitaron además una recopilación de las reseñas y críticas publicadas en la prensa germanohablante y, después del encuentro, las traductoras holandesa, danesa y británica pusieron a disposición de todos los participantes las preguntas hechas a la autora a título individual y sus respectivas respuestas.

En lo que atañe a la relación entre autora y traductores, al inicio del encuentro el

clima estuvo marcado por cierta timidez por ambas partes. Por un lado hay que considerar lo que supone para un autor ver su obra diseccionada y escrutada por esos lectores tan especiales que son los traductores. Por otro, personalmente he de decir que abordé la situación con una mezcla de curiosidad, expectación e incluso cierta inquietud ante la presencia de traductores más experimentados. Sin embargo, a medida que se desarrolló el encuentro todos los temores se vieron disipados, cualquier pregunta por nimia que fuera se reveló importante y obtuvo respuesta, y todo transcurrió en un clima de confianza, apertura y generosidad. Hay que decir que el punto de partida de cada traductor era distinto: si bien ninguna traducción se había publicado aún, unos traductores estaban a punto de entregar segundas pruebas, otros habían empezado ya a traducir y otros ni siquiera habían terminado de leer el libro. ¿Cuál es la situación ideal? ¿Hay que haber leído el libro antes de traducirlo? Éste es un debate que nos llevaría por intrincados vericuetos. Baste decir aquí que, para poder sacar el máximo provecho a un encuentro de estas características, haber iniciado la lectura del libro es de lo más conveniente.

La dinámica de trabajo consistió en ir desgajando el libro, primero por partes, después página a página. Cada traductor planteaba al grupo aquello que le había resultado más problemático o le había llamado la atención. Al mismo tiempo la autora iba comentando los aspectos que le parecían importantes. Si bien ciertas dificultades podían agruparse según las diversas familias de lenguas (romances, eslavas, etc.), fue curioso constatar que la mayoría de los traductores coincidía casi siempre en las cuestiones planteadas. Además de obtener respuesta a los propios interrogantes, resultó sumamente enriquecedor escuchar los planteamientos de los compañeros, ya fuese para confirmar la traducción, corregirla, mejorarla, o incluso para detectar algún gazapo, cuestión ésta especialmente útil tratándose de un libro salpicado de citas literarias encubiertas.

Asimismo, una pregunta llevaba a otra, un comentario a otro, y cabía la opción de repreguntar o contraargumentar al momento. Incluso para quienes no habían empezado a traducir, el diálogo resultó beneficioso como forma de ir desbrozando el terreno. Abarcar un libro de 390 páginas en cuatro días exigió concentración y un intenso ritmo de trabajo, a veces hasta bien entrada la noche, pero todos participaron con dedicación y entusiasmo, conscientes los unos del privilegio de tener a la autora presente y dispuesta a resolver cualquier duda, y consciente la otra de que el encuentro repercutiría positivamente en la calidad de la traducción. No obstante, hubo un

fragmento de la novela que no fue objeto de análisis en ese momento, ya que lo reservamos para tratarlo en la lectura pública que sirvió de colofón al encuentro y sobre la que volveré más adelante. A continuación enumeraré brevemente algunos de los aspectos concretos que merecieron nuestra atención con el fin de ilustrar en qué medida los traductores y autores pueden beneficiarse de esta buena práctica que es un encuentro en vivo y en directo.

En lo que respecta al origen de la novela, nos encontramos con un libro de marcado carácter autobiográfico. La autora quiso incidir en esta particularidad y, para ello, comenzó su intervención explicando de manera sumamente prolija cómo se gestó la novela y la cantidad de detalles reales en los que se inspiró al escribirla. En este punto y desde una perspectiva crítica, cabe preguntarse en qué medida dicha información puede resultar relevante para el traductor. Bien es cierto que el hecho de conocer las circunstancias que rodean la creación de una obra artística ayuda a entender los motivos y las intenciones del autor, pero quiero dejar en el aire el interrogante de hasta qué punto esto repercute en la calidad de la traducción para un lector final que, obviamente, desconocerá esta información. Por otra parte, es lógico pensar que en un caso como éste, en el que el protagonista de la novela es el alter ego del padre de la autora, ésta tenga especial interés en recalcar su motivación. Considero que es responsabilidad del traductor recibir dicha información y saber utilizarla o no en su justa medida.

Lo mismo ocurrió al abordar el discurso temático de la obra, que gira en torno al cuestionamiento del papel de la madre y, por extensión, de la familia, como única responsable de la educación de los hijos; al abandono de un hijo como tabú en la sociedad moderna; a la libre voluntad para decidir por uno mismo en un sistema de coordenadas marcado culturalmente (el punto de mira se dirige aquí obviamente al nazismo, pero no sólo); al problema identitario y de procedencia de una mujer judía, enfermera, esposa y madre a la fuerza, etc. Cabría objetar de nuevo el sometimiento del traductor a una especie de corsé interpretativo de la obra. Sin embargo, me parece importante señalar que, a pesar de la declaración de intenciones por parte de la autora, ésta en todo momento dejó libertad a cada traductor para decidirse por la opción más adecuada.

Otro de los aspectos de la traducción de un libro más abiertos a la puesta en común y que más agradecen ser objeto de diálogo es el título. En este caso se trataba de la alusión a una leyenda popular propia de la región de Lausitz que habla de una figura luminosa de mujer con guadaña que se aparece a mediodía a quienes no paran de

trabajar y les lanza una maldición, a menos que se le hable durante una hora sobre cómo trabajar el lino. Es una historia no conocida en toda Alemania, pero el sustantivo *Mittagsfrau* resulta lo suficientemente sugerente para elegirlo como título. A raíz de la publicación del libro, la autora nos explicó cómo los lectores alemanes tenían claras asociaciones eróticas con dicha figura femenina, mientras que las lectoras la relacionaban automáticamente con trabajos domésticos. En el contexto del encuentro y, de cara al posterior trato con la editorial, fue interesante saber cuáles fueron los otros títulos que se barajaron en el original, así como las soluciones dadas en otras lenguas, algunas muy próximas, pero no necesariamente útiles en el caso que me ocupaba.

Tal vez uno de los ámbitos en el que más útil pueda resultar tener “línea directa” con el autor sea el de la intertextualidad. Como ya se ha mencionado, en el caso de la novela de Julia Franck el texto está lleno de referencias explícitas e implícitas a obras literarias tanto de la época como clásicas, así como a personajes históricos del momento. Bien es cierto que en los tiempos que corren el traductor dispone de extraordinarias fuentes de documentación que permiten no importunar al autor más de lo estrictamente necesario. Sin embargo, en traducción la mayoría de las veces ocurre que lo importante no es tanto encontrar lo que uno busca, sino ser conscientes de que hay algo que buscar. En este caso, el contacto directo con el autor le proporciona al traductor cierta seguridad frente a la posibilidad de haber pasado por alto alguna referencia. Llegado el momento de traducir, será ya el traductor quien decida qué estrategia aplicar al resultado de su búsqueda. En el ejemplo que nos ocupa, la autora nos advirtió de la existencia de dos versiones de la cita de Kafka que abre el libro. Al mismo tiempo, se nos facilitó toda una lista de las referencias literarias utilizadas a lo largo de la novela.

El encuentro con la autora también sirvió para plantearle algunas cuestiones de tipo estilístico, como la ausencia total de marcas de diálogo y el generoso empleo del estilo indirecto. En este punto Julia Franck hizo hincapié en el uso voluntario y pretendido de este recurso con el fin de crear distanciamiento y dotar al texto de un tono determinado. Gracias al hecho de estar en un entorno multilingüe, fue muy interesante comprobar las soluciones, o tal vez debería decir políticas editoriales de traducción que se siguen en las diferentes lenguas.

Tal y como decía al principio, una buena relación entre autor y traductor ha de ser bidireccional. En esta ocasión, Julia Franck escuchó con mucho interés y una actitud muy abierta las diversas interpretaciones que cada uno hizo de su obra. Asimismo, se mostró muy agradecida cuando, en algún momento, le hicimos caer en la cuenta de

algún gazapo, en la ambigüedad de alguna frase o en alguna coma mal puesta, que prometió solventar en posteriores ediciones en caso de que no fuese pretendida. Es curioso comprobar cómo la actitud de Franck coincide aquí plenamente con la de Grass en cuanto a generosidad, gratitud y respeto por la labor del traductor. Creo que si no se cumplen estas tres condiciones es imposible que reuniones de este tipo se lleven a cabo con éxito.

Por último, el encuentro dio pie a plantear problemas de traducción (Nord 1991:173) , no sólo literaria, que surgen repetidamente cuando se traduce del alemán y también de otros idiomas sin que se pueda dar una solución válida para todos los casos, me refiero por ejemplo a la traducción de topónimos, comidas, plantas, peces, tipos de barcos, canciones, dialectos, terminología relacionada con el nacionalsocialismo, con el judaísmo, juegos de palabras, lenguaje infantil, colores, etc. Un caso curioso fue el de las canciones. Como se ha mencionado anteriormente, hubo un fragmento de la novela que no se trató en la mesa de trabajo, sino que fue objeto de una lectura pública celebrada en el instituto de Straelen que contó con una nutrida asistencia de público. Los dieciocho traductores, dispuestos en dos filas sobre el escenario junto a la autora y el moderador, tuvimos por así decirlo casi el mismo protagonismo, un fenómeno poco frecuente. Comenzamos leyendo cada uno la primera frase del libro en el idioma correspondiente, de forma que el público pudo contrastar distintos tonos y ritmos que, a la vez, tenían algo en común. Acto seguido la autora leyó en voz alta el fragmento seleccionado y empezamos a comentarlo como si estuviésemos en el taller. En dicho fragmento se hacía referencia no del todo explícita a dos canciones infantiles presentes en la memoria de cualquier niño alemán, pero no son necesariamente conocidas para un traductor, por bueno que sea. Interrogada al respecto, la autora vaciló un instante al recordar el texto completo de la canción, ante lo cual el público, de forma espontánea, se arrancó a coro a tararear la melodía de la que se trataba. Independientemente de lo anecdótico de este hecho, lo que me interesa resaltar es cómo este tipo de encuentros contribuyen también a dar visibilidad al traductor ante el público en general gracias al trabajo de las instituciones y, por supuesto, contando con la inestimable colaboración del autor. Sólo mediante la consciencia de que hay alguien que pone la voz en otro idioma es posible dignificar la labor del traductor.

Son muchos los aspectos concretos que podría seguir enumerando, pero creo que lo reseñado da buena cuenta del funcionamiento de este tipo de actividad. Si hacemos balance de lo expuesto, podemos recopilar algunas ideas principales. La relación entre

traductor y autor es, si no imprescindible, sí recomendable, ya que permite al traductor trabajar con una especie de red que le protege de posibles resbalones, sobre todo en lo que respecta a gazapos, olvidos, etc. Con esto no estoy diciendo que la opinión del autor deba primar sobre todas las cosas, sino que ha de servir de guía al traductor a la hora de tomar decisiones que, en último término, serán siempre suyas. Tampoco se debe pensar que una buena relación entre autor y traductor sea la panacea: se ha puesto de manifiesto que en algunos casos no hace falta saberlo absolutamente todo. En cualquier caso, es evidente que este tipo de encuentros suponen un ahorro sustancial de tiempo y de trabajo de documentación que debería redundar en beneficio de la calidad de la traducción. Es deseable que las *Conversaciones en el atrio* de Straelen continúen durante muchos años y se conviertan en un ejemplo para otros países y mercados editoriales.

BIBLIOGRAFÍA

- Fontcuberta, Joan (2003): “Günter Grass y los traductores”. En: Gallegos Rosillo, J. A. [y] Benz Busch, Hannelore (eds.): *Traducción y cultura : el papel de la cultura en la comprensión del texto original*. Málaga : Libros ENCASA. 14-20.
- Frielinghaus, Helmut (Hrsg.) (2002): *Der Butt spricht viele Sprachen. Grass Übersetzer erzählen*. Göttingen: Steidl
- Kirchem, Hannelore (2002): „Hinter den Kulissen“ In: Frielinghaus, Helmut (Hrsg.): *Der Butt spricht viele Sprachen. Grass Übersetzer erzählen*. Göttingen: Steidl. 27-29.
- Nord, Christiane (1991): *Textanalyse und Übersetzen*. 2. Auflage. Heidelberg: Julius Groos Verlag.
- Sáenz, Miguel (2006): “G.G. en G. (Günter Grass en Gdansk)”. En: *Pliegos de Yuste*, nº 4, 1, 2006. 15-20. En: <http://www.pliegosdeyuste.eu/n4pliegos/guntergras.pdf> [Última consulta 20.03.09]
- Toda Castán, Claudia (2009): *El papel del autor: Análisis de la relación directa autor-traductor sobre el ejemplo de Günter Grass*. Trabajo presentado para la obtención del Grado de Salamanca. Sin publicar.